

que era la mitad de un muerto. Ordarlo cuando uno de los jugadores bajo sus pies, se asomó sangre debajo de la mesa. Un do toda la noche en un sillón do triturando un pie, sin que él

pero muchos lo habrían preferido. medicina no acepta la eutanasia. perfeccionar la aptitud asesina de que realizaran mejor su terri-

ólo lleva cuatro años así, pero nza. Hay casos en que gentes n permanecido inmóviles, rebelde te quince años. Todo lo que vuelvan a llevárselos a la mesa intentar, una y otra vez, una nzas. El choque producido por muralla entre ellos y la vida, encierra en una masa de carne vivir sin ellos.

mas pagan su propia apuesta. e halló a una mujer de treinta su habitación. Todos los espejos el cesto de los papeles lleno trizas: de cuando era una linda uchacha, una bella mujer. Nadie sepelio, de que no permitieran sabían que no tenía cara.

eneno, porque un cirujano más ada podía hacer. Un año antes rva a toda velocidad, había cho de piedra y había salido dis- isa. Los cristales habían desga-

rrado los músculos de sus mejillas, desollando su frente, rebanando su nariz. Los cirujanos hicieron cuanto estuvo en su mano, pero las cicatrices acabaron lo que comenzaron las heridas. Tuvieron que darle un espejo cuando le quitaron las vendas. Sólo una vez se asomó a él. Aquella mirada a la máscara inexpresiva, rojiza, plegada, rugosa, detrás de la cual tendría que vivir, amenazaba su lucidez, y prefirió tomar el camino más corto.

Otros no se suicidan porque no saben qué sucedió. Tres jóvenes, después de tomar unas copas, fueron a «correr» y chocaron contra un árbol. El más afortunado se dislocó los hombros: no puede alzar los brazos; la chica murió instantáneamente, con el cuello roto. Y su novio no se ha enterado de nada porque nunca ha recuperado la razón. No sabe ni cómo se llama ni si tenía novia.

Lo cuidan lo mejor que pueden. Las tablas de los progresos logrados, que lleva el médico, son más interesantes cada semana. Desde «sonríe débilmente sin razón», llegan hasta consignar que «musita palabras ininteligibles», o que tiene «largos períodos de aparente insensibilidad». Sólo muestra interés, cuando llegan sus alimentos. Alguno tiene que ponérselos en la boca, para impedir que los derrame si lleva sus manos al plato, pues no logra atinar con su boca.

Estos casos pueden dar una ligera idea de la venganza que puede ejercer contra su dueño, un organismo destruido por un accidente automovilístico. La fractura de la base del cráneo y su repercusión en el cerebro y en la médula espinal pueden afectar todo el sistema nervioso y destruir todas o muchas de las facultades humanas, aun cuando sobreviva la víctima.

No se necesita que una astilla de cristal desgarré el ojo, para cegar; basta un golpe que dañe la región